



Care Santos nació en Mataró hace 46 años. Su padre era de Camas y emigró a Cataluña para casarse con la madre de la escritora

Care Santos

«Leer libros siempre ha sido algo elitista»

ELENA BLANCO

► Care Santos retrata en «Media vida» a la generación de su madre, víctima de una educación machista y retrógrada

JESÚS ÁLVAREZ
SEVILLA

Care Santos (Mataró, 1970) es autora de diez novelas («Habitaciones cerradas», entre ellas) y ganadora del último Premio Nadal con «Media vida», un libro donde retrata a través de las vidas de cinco amigas a una generación, la de su madre, que tuvo que adaptarse desde la educación retrógrada de la dictadura franquista a la España democrática que aprobó el divorcio y acabó sentándolas en una mesa con matrimonios gays. —La novela transcurre durante la semana en la que se aprobó la Ley del Divorcio, la última de julio de 1981. ¿Fue tan importante esta ley para la generación de su madre? —Fue muy necesaria. Seguramente una de las leyes de la Transición que más cambió la vida de la gente y permitió hacer cosas hasta entonces impensables. Esa generación tuvo una educación muy machista y anticuada y tuvo que adaptarse a un cambio importante. —La mayoría de esas mujeres fueron educadas para asumir dos únicos roles: el de madre y el de esposa. —Sí, las apartaron de cualquier papel intelectual o laboral y las retrotrajeron

al siglo XIX. Esas mujeres fueron las relegadas de la sociedad, que las forzaba a ducharse con el camión puesto y para las que ponerse unos pantalones era un atrevimiento. Y de eso han pasado a sentarse en una mesa con su hija y dos amigos gays que están casados. Ese es un camino muy largo sobre todo si partes de lo que le contaban las monjas a mi madre en el colegio, citando un párrafo de la Biblia: «El día que hombres y mujeres se comporten igual llegará el apocalipsis». —¿Y su madre se adaptó? —Sí, se adaptó bastante bien y es bastante moderna: ella misma lo dice. —A los hermanos varones se les educaba entonces e una manera muy distinta. Su generación, la que ahora tiene entre 45 y 55 años, fue seguramente la primera que recibió la misma educación que ellos. —Si no la primera, de las primerísimas. Fuimos las que empezamos con la EGB que curiosamente es una ley del franquismo en 1970, el año que yo nací. Esa ley igualó las enseñanzas que tenían que recibir chicos y chicas. Da vértigo pensar en eso. —Usted estudió en un colegio de monjas. ¿Qué recuerdos tiene de él? —No tengo quejas de las monjas pero sí de la mediocridad de la educación que

recibí. Lo descubrí con estupefacción cuando llegué a otro colegio en Secundaria y vi que mis compañeros varones sabían muchas cosas que yo. —¿Como qué? —Matemáticas, por ejemplo. Yo siempre fui una alumna de muy buenas notas, bastante repipi y repelente y cuando llegué al otro colegio directamente nos perdonaban ejercicios de matemáticas de los que no teníamos ni idea. Y pasé de sacar sobresaliente a llevarme cuatro suspensos en la primera evaluación. Me sentí muy humillada y decepcionada. —Las mujeres que hoy tienen 45 años, la edad de las protagonistas de su novela: ¿lo tienen más fácil o más difícil para ser felices? Da la impresión que todo se ha complicado mucho para ellas. —En mi generación no hemos querido renunciar laboralmente a nada y tampoco a tener una vida familiar. Es inevitable compararnos con nuestras madres y ellas lo tuvieron un poco más fácil en ese sentido. Nos hemos quedado con todo lo malo y tenemos que aprender a delegar y a compartir tareas en la casa con nuestras parejas. —¿Su pareja las comparte? —Sí, pero eso ha requerido un aprendizaje. A su generación las madres no les permitían a los varones ni hacerse la cama. Es alucinante de donde venimos aunque quiero pensar que las nuevas generaciones no serán así. A mí no va a venir desde luego ninguna nuera diciendo que mi hijo no sabe poner una lavadora.

—Ha escrito muchos personajes masculinos pero le pusieron el sambenito de que solo escribía novelas para mujeres. ¿Con «Media vida» ha querido darles la razón por una vez a los que opinan esto? —Todos escribimos para mujeres porque la mayoría de los lectores son mujeres, pero se ha exagerado mucho esto y no sé ya si resignarme. Yo nunca he escrito en mi vida para la mitad de la población. Y éste tampoco es un libro para mujeres aunque sea un libro sobre mujeres. —Arranca el libro con una cita de Joan Carles Mélich que parece impregnar toda la historia: «Solo se puede perdonar lo imperdonable». —Es que el perdón me inquieta como gran tema de la literatura y de este libro. —¿En la amistad importa menos la verdad de lo que parece? —Sí, importa, pero de qué verdad estamos hablando. ¿De la verdad del pasado? No hay una sola verdad. Cada uno tiene su verdad y a veces no coincide con los de las demás. —¿La lectura y la literatura se ha convertido en España en algo elitista, un placer para minorías, como puede pasar en un futuro no muy lejano con los periódicos impresos? —No nos engañemos, es que siempre lo ha sido. Hace un siglo por el analfabetismo y ahora leer sigue siendo un privilegio porque va a repelo de muchas cosas, de nuestra manera de vivir, de nuestra manera de entretenernos y de entretenimientos más fáciles pero menos alimenticios que requieren menos

concentración y se adaptan mejor a la velocidad de la vida que llevamos. Pero yo sigo pensando en la gente que es capaz de parar y leer, aunque solo sea una hora. Gente que busca silencio y no mirar pantallitas. Poder desconectarse de toda esas cosas me parece un privilegio porque la mayoría no puede hacerlo.

«Mi padre me puso Macarena pero ese nombre era rarísimo en Cataluña»

J.A.

—Publicó su primer libro a los 25 años. ¿Fue demasiado pronto? —Sí. Porque era malo. A esa edad es imposible ser un buen narrador. —La soledad es una de sus aficiones. ¿Eso tiene algo que ver con ser madre de familia numerosa? —Escribir es una tarea solitaria y si te complicas la vida como yo, deseas la soledad como nada en el mundo y si la logras, sabes apreciarla. —¿Su abuela Teresa tiene la culpa de que sea escritora? —Mi abuela catalana era una narradora oral impresionante. Yo era parte de su público entregado y aprendí mucho de sus historias. Me influyó mucho y me animó a ser escritora. —Su padre era sevillano de Camas. —Mi padre emigró aquí por amor. Trabajaba en el Monte de Piedad como interventor y conoció a mi madre cuando él estaba a punto de casarse y la liaron buena. Y se vino con ella a Mataró. —Le gustará la Semana Santa de Sevilla llamándose Macarena... —Sí, me encanta. Voy casi todos los años. Siempre veo entrar a la Macarena, aunque ahora más veces desde Canal Sur que en la calle. —¿No le gustan las bullas? —He estado en ellas pero ahora ya no me apetece. Será por la edad. —¿Por qué Macarena?

—Mi padre decía que la Trienera era muy guapa pero que la Macarena tenía cara de niña. Y cuando aún no conocía personalmente a mi madre le dijo por carta que tendría una hija a la que le pondría Macarena. —Usted. —Sí. —¿Y por qué Care? —Porque llamarse Macarena en Barcelona en los años 70 era rarísimo. La fonética era extraña para un catalán. Mi madre se inventó el Care cuando nació y se me quedó. Nadie me llama Macarena. —¿Ni siquiera cuando viene a Sevilla? —Cuando voy allí, sí. Y me gusta presentarme como Macarena. Con los años me he reconciliado con mi nombre aunque ahora ya es tarde para cambiármelo. Tendría que dar muchas explicaciones. —¿Cómo ve la situación actual del proceso abierto en Cataluña? —Desde pequeña he visto polarizada la situación en Cataluña pero ahora lo está más por la manipulación de algunos partidos. No soy independentista pero soy partidaria del referéndum. Votaría en contra y creo que la mayoría de los catalanes también. —¿Los catalanes y los andaluces somos tan diferentes?

—Yo creo que nos parecemos en muchísimas cosas. Queremos vivir en paz, vivir bien, que nuestros hijos tengan un futuro. Yo saco las uñas cada vez que alguien esgrime un tópico sobre Andalucía o Cataluña. —¿Como que los andaluces somos vagos? —Sí, ese es un tópico que me cabrea mucho y lo combato, cuando escucho a un catalán decir de un andaluz que es vago. O que los catalanes somos tacaños. Es otro tópico falso. —Sus padres no hicieron caso de tópicos... —No, aunque mi madre tuvo que enfrentarse a mucha gente porque fue la primera de muchísimas generaciones de su familia que se casó con un andaluz. Hubo amigas que dejaron de hablar. En aquella época todo el mundo era más pequeño. —¿Y en la gastronomía también se entendieron bien? —Sí, aunque costó. Mi madre no sabía lo que era el gazpacho y tuvo que aprender a hacerlo porque a mi padre le encantaba. También con la manteca colorá, el cocido, las espinacas con garbanzos y unas chachinas que nos mandaba mi tío. Y reconozco que hago a mis tres hijos un arroz con leche y un salmorejo que están para chuparse los dedos.

Falsos clichés
«Me cabrea que se caiga en el tópico de que el andaluz es vago o el catalán tacaño»



Fundación | Cajasol



Alfonso Sánchez,
actor.

“El tópico andaluz en la cultura y en el cine español”

Director Aula de Cultura: Francisco Robles

Lunes 6 de marzo, a las 20 horas.
Teatro Cajasol - Sede Fundación Cajasol.
Entrada por calle Chicarrerros, 1.
Entrada libre hasta completar aforo (aforo máximo 230 personas)
Para más información: aulaculturasevilla@abc.es

